

Un hospital atestado de enfermos de cólera, en el barrio más pobre de Haití 1

Un hospital atestado de enfermos de cólera, en el barrio más pobre de Haití EN MEDIO DE LA EPIDEMIA, EL PAÍS VOTA EL DOMINGO PARA ELEGIR PRESIDENTE Y LEGISLADORES* Es un lugar sin paredes en Cité Soleil, en Puerto Príncipe. Es la puerta de entrada de los infectados. En un camastro de madera, debajo de un toldo de plástico, a un niño de sólo cuatro años apenas se le ve la cabeza. Su cuerpo está cubierto con una manta como de papel celofán, dorada de un lado, plateada del otro, que le da fresco. Su brazo cuelga hacia un costado, atravesado por finas agujas que le dan vida, desde una bolsa plástica de solución de sodio y potasio. Su cuerpo es tan chiquito que da la sensación de que podría caerse por el hueco que tienen todas las camas para que los enfermos hagan sus necesidades sin tener que levantarse. El niño tiene cólera y es uno de los 80 chicos que la organización Médicos Sin Fronteras (MSF) atiende en el Hospital de Choscal en Cité Soleil, la barriada más pobre de esta paupérrima Puerto Príncipe. Este hospital es en verdad una construcción a medio terminar, casi sin paredes laterales, con carpas de campaña armadas debajo de un techo de loza, de no más de 20 por 30 metros. Un anexo montado sólo para atender a los enfermos de cólera, unos 200 por día, todos de este barrio, el más vulnerable y crítico de esta capital. "Esta es la puerta de entrada de COLMADO. EL CENTRO DEPORTIVO DE CAP HAITIEN, CONVERTIDO EN UN IMPROVISADO HOSPITAL CONTRA EL COLERA. los infectados de Puerto Príncipe. Acá es el primer lugar al que llegan y tratamos los casos más agudos, los más complicados. A los que mejoran rápido, tratamos de derivarlos a otros centros para poder ocupar las camas con los nuevos que llegan cada día", explica a Clarín Isabelle Jeanson, encargada de comunicación de MSF. "El cólera llegó hace dos semanas y media a Puerto Príncipe. Al principio, el número de casos se duplicaba cada día. Desde la semana pasada se estabilizó a 200 casos por día", agrega Jeanson. Desde entonces, 77 personas murieron en esta ciudad. Y desde mediados de octubre, cuando apareció el primer caso en Haití, son ya más de 1.400 las víctimas en todo el país. Según cálculos de MSF, en todo el país se tratan 2.000 nuevos casos por día y 500 en Puerto Príncipe. El hospital está dividido en tres sectores y a unos metros de allí están construyendo una nueva habitación, esta sí con paredes laterales y ventanas. Para pasar de uno a otro hay que esperar que un voluntario rocíe los zapatos con una mezcla de agua y lavandina y también lavarse las manos. La operación debe repetirse tanto al ir como al volver a cada sector. "Aquí tenemos todo lo necesario para atender a los pacientes y salvarlos, pero eso depende en muchos casos de cuán avanzada está la enfermedad y cuánto tardaron en venir a atenderse", cuenta a Clarín la doctora Pola Valles, peruana, que nunca tuvo nada que ver con MSF hasta que se inscribió para viajar a Haití, a donde llegó hace 10 días. "El hospital está abierto las 24 horas y cuenta con 5 médicos extranjeros, más 8 haitianos, 15 enfermeros y 15 auxiliares", dice Renato Souza, brasileño. Son pocos, admite, pero sabe que si no actúan rápido, con abundante líquido y sales, los pacientes pueden morir en un día. La situación es tan desesperante que hace unos días Stefano Zannini, coordinador general de Médicos Sin Fronteras, se quejó con dureza: "Pese a la elevada presencia de organizaciones internacionales en Haití, la respuesta al cólera ha sido, hasta el momento, inadecuada para responder las necesidades de la población. Hacen falta más actores para tratar a los enfermos y para poner en marcha actividades de prevención, especialmente cuando los casos están aumentando mucho en todo el país. No hay tiempo para debates, es momento de actuar ya". Afuera, sobre una avenida polvorienta, surcada por una alcantarilla de aguas servidas, casi negras, una veintena de personas forman una fila al rayo del sol. Todos parecen tener en sus entrañas el *Vibrio Cholerae*: tiemblan, transpiran, entrecierran los ojos. Hasta el final de la cola llega una mujer embarazada, acompañada de un hombre. Un guardia de seguridad la hace pasar rápidamente. "Hace dos días empezó a vomitar. Pensamos que era por el embarazo, pero yo creo que es cólera", dice Louis Martin, apurando el paso. Y aunque él no lo sepa, un bebé en gestación di-Pablo Biffipbiffi@clarin.com fácilmente sobreviva a la enfermedad en su fase más aguda. Basta con recorrer Cité Soleil para entender la gravedad de las palabras de Zannini. Con 300.000 habitantes -algunos hablan incluso de 500.000, aunque nadie sabe a ciencia cierta cuántos viven allí- esta barriada comenzó a crecer en los años '60 con inmigrantes que venían del campo a la ciudad en busca de mejores días, en tiempos del dictador Francois "Papa Doc" Duvalier, cuando aún se llamaba Ciudad Simón, en honor a la "primera dama" haitiana. En este conglomerado de tierra, perros flacos, chivos que no pastan porque pasto no hay y aguas estancadas -tanto como Haití- emergió a comienzos de la década de los '80 la figura diminuta de un cura de los pobres, que desde la Radio Soleil dio esperanza a los desesperanzados: era Jean Bertrand La cifra 1.410 Es la cantidad de muertos en Haití por la bacteria del cólera, según cifras oficiales divulgadas ayer. En el hospital del barrio Cité Soleil ingresan unos 200 enfermos por día. Aristide, presidente en los '90, derrocado en siete meses, repuesto en el poder por una invasión de EE.UU. en 1994, reelecto en 2001 y vuelto a voltear por una revuelta popular en 2004 con la ayudita de Washington, cuando ya se había transformado en un presidente autoritario y pendenciero. Nadie en este barrio está a salvo del cólera. Y no sólo por vivir en condiciones infrahumanas. También, porque no cumple con las más mínimas condiciones de salubridad. "Yo no tengo ni para cloro y menos para jabón. Sé que el cólera mata, pero si nos toca, nos toca", dice Marc a Clarín, mientras sus seis hijos juegan al costado de un arroyo. El domingo se elige presidente. Pero nada ha cambiado desde los tiempos de "Papa Doc" o desde los esperanzadores días de Aristide en esas casuchas de chapa, que huelen a carbón quemado, orina y restos de animales muertos. Nada ha llegado aquí de los miles de

millones de dólares que el mundo entero ha donado a este país, que hace honor a su patrona, la Virgen del Perpetuo Socorro. ¡ AUDIO Informe del enviado en* www.clarin.com

EN MEDIO DE LA EPIDEMIA, EL PAÍS VOTA EL DOMINGO PARA ELEGIR PRESIDENTE Y LEGISLADORES

Un hospital atestado de enfermos de cólera, en el barrio más pobre de Haití

● Es un lugar sin paredes en Cité Soleil, en Puerto Príncipe. Es la puerta de entrada de los infectados.

PUERTO PRINCIPLE.
ENVIADO ESPECIAL
Pablo Biffi
pbiffi@clarin.com

En un camastro de madera, debajo de un toldo de plástico, a un niño de sólo cuatro años apenas se le ve la cabeza. Su cuerpo está cubierto con una manta como de papel celofán, dorada de un lado, plateada del otro, que le da fresco. Su brazo cuelga hacia un costado, atravesado por finas agujas que le dan vida, desde una bolsa plástica de solución de sodio y potasio. Su cuerpo es tan chiquito que da la sensación de que podría caerse por el hueco que tienen todas las camas para que los enfermos hagan sus necesidades sin tener que levantarse. El niño tiene cólera y es uno de los 80 chicos que la organización Médicos Sin Fronteras (MSF) atiende en el Hospital de Choscal en Cité Soleil, la barriada más pobre de esta paupérrima Puerto Príncipe.

Este hospital es en verdad una construcción a medio terminar, casi sin paredes laterales, con carpas de campaña armadas debajo de un techo de loza, de no más de 20 por 30 metros. Un anexo montado sólo para atender a los enfermos de cólera, unos 200 por día, todos de este barrio, el más vulnerable y crítico de esta capital.

"Esta es la puerta de entrada de



COLMADO. EL CENTRO DEPORTIVO DE CAP HAITIEN, CONVERTIDO EN UN IMPROVISADO HOSPITAL CONTRA EL COLERA.

los infectados de Puerto Príncipe. Acá es el primer lugar al que llegan y tratamos los casos más agudos, los más complicados. A los que mejoran rápido, tratamos de derivarlos a otros centros para poder ocupar las camas con los nuevos que llegan cada día", explica a Clarín Isabelle Jeanson, encargada de comunicación de MSF.

"El cólera llegó hace dos semanas y media a Puerto Príncipe. Al principio, el número de casos se

duplicaba cada día. Desde la semana pasada se estabilizó a 200 casos por día", agrega Jeanson. Desde entonces, 77 personas murieron en esta ciudad. Y desde mediados de octubre, cuando apareció el primer caso en Haití, son ya más de 1.400 las víctimas en todo el país. Según cálculos de MSF, en todo el país se tratan 2.000 nuevos casos por día y 500 en Puerto Príncipe.

El hospital está dividido en tres sectores y a unos metros de allí

están construyendo una nueva habitación, esta sí con paredes laterales y ventanas. Para pasar de uno a otro hay que esperar que un voluntario rocíe los zapatos con una mezcla de agua y lavandina y también lavarse las manos. La operación debe repetirse tanto al ir como al volver a cada sector.

"Aquí tenemos todo lo necesario para atender a los pacientes y salvarlos, pero eso depende de muchos casos de cuán avanzada esta

la enfermedad y cuánto tardaron en venir a atenderse", cuenta a Clarín la doctora Pola Valles, peruana, que nunca tuvo nada que ver con MSF hasta que se inscribió para viajar a Haití, a donde llegó hace 10 días. "El hospital está abierto las 24 horas y cuenta con 5 médicos extranjeros, más 8 haitianos, 15 enfermeros y 15 auxiliares", dice Renato Souza, brasileño. Son pocos, admite, pero sabe que si no actúan rápido, con abundante líquido y sales, los pacientes pueden morir en un día.

La situación es tan desesperante que hace unos días Stefano Zamini, coordinador general de Médicos Sin Fronteras, se quejó con dureza: "Pese a la elevada presencia de organizaciones internacionales en Haití, la respuesta al cólera ha sido, hasta el momento, inadecuada para responder las necesidades de la población. Hacen falta más actores para tratar a los enfermos y para poner en marcha actividades de prevención, especialmente cuando los casos están aumentando mucho en todo el país. No hay tiempo para debates, es momento de actuar ya".

Afuera, sobre una avenida polvorienta, surcada por una alcantarilla de aguas servidas, casi negras, una veintena de personas forman una fila al rayo del sol. Todos parecen tener en sus entrañas el Vibrio Cholerae: tiemblan, transpiran, entrecierran los ojos. Hasta el final de la cola llega una mujer embarazada, acompañada de un hombre. Un guardia de seguridad la hace pasar rápidamente. "Hace dos días empezó a vomitar. Pensamos que era por el embarazo, pero yo creo que es cólera", dice Louis Martin, apurando el paso. Y aunque él no lo sepa, un bebé en gestación di-



ficilmente sobrevivía a la enfermedad en su fase más aguda.

Basta con recorrer Cité Soleil para entender la gravedad de las palabras de Zammini. Con 300.000 habitantes —algunos hablan incluso de 500.000, aunque nadie sabe a ciencia cierta cuántos viven allí— esta barriada comenzó a crecer en los años '60 con inmigrantes que venían del campo a la ciudad en busca de mejores días, en tiempos del dictador François "Papa Doc" Duvalier, cuando aún se llamaba Ciudad Simón, en honor a la "primera dama" haitiana.

En este conglomerado de tierra, perros flacos, chivos que no pastan porque pasto no hay y aguas estancadas —tanto como Haití— emergió a comienzos de la década de los '80 la figura diminuta de un cura de los pobres, que desde la Radio Soleil dio esperanza a los desesperanzados: era Jean Bertrand

La cifra

1.410

Es la cantidad de muertos en Haití por la bacteria del cólera, según cifras oficiales divulgadas ayer. En el hospital del barrio Cité Soleil ingresan unos 200 enfermos por día.

Aristide, presidente en los '90, derrocado en siete meses, repuesto en el poder por una invasión de EE.UU. en 1994, reelecto en 2001 y vuelto a voltear por una revuelta popular en 2004 con la ayudita de Washington, cuando ya se había transformado en un presidente autoritario y pendenciero.

Nadie en este barrio está a salvo del cólera. Y no sólo por vivir en

condiciones infrahumanas. También, porque no cumple con las más mínimas condiciones de salubridad. "Yo no tengo ni para cloreto y menos para jabón. Sé que el cólera mata, pero si nos toca, nos toca", dice Marc a Clarín, mientras sus seis hijos juegan al costado de un arroyo.

El domingo se elige presidente. Pero nada ha cambiado desde los tiempos de "Papa Doc" o desde los esperanzadores días de Aristide en esas casuchas de chapa, que huelen a carbón quemado, orina y restos de animales muertos. Nada ha llegado aquí de los miles de millones de dólares que el mundo entero ha donado a este país, que hace honor a su patrona, la Virgen del Perpetuo Socorro. ■

AUDIO

Informe del enviado en
● www.clarin.com